

Un poeta de la tierra

CRISTIÁN VILA RIQUELME

La provincia, y sobre todo aquella de la costa, tiene un ritmo privilegiado para las cosas de la poesía. Para su lectura, por ejemplo. Lo que no quiere decir que un trayecto en el Metro de Santiago no se transforme en un crucero o en un lugar de la memoria cuando lo hacemos leyendo poesía. Todo esto porque hace un tiempo llegó a mis manos una antología poética de Floridor Pérez, *Obras Completas mente Incompleta* (Planeta / Universidad Nacional Andrés Bello, 1997), que he leído y releído con placer porque tiene materia de infancia, cuerpo de mujer y sorpresa de adolescente, pero también la frescura e irreverencia del regreso permanente a esos mundos siempre nuevos.

Por ejemplo, hay un poema que, podría decirse, resume lo dicho con una atmósfera de cuento leído o escuchado en la niñez: "A quién llamar en la casa vacía? Sólo a las puertas doy la mano; Ellas dan la manilla y se abren de par en par/ Una silla me dice tanto ardiente/ La mesa puesta espera a los amigos/ que nunca regresan. Tanto tiempo/ hace que la escuela va y viene/ por sus peladitos, que ya no recuerdas/ si está allí para subir o bajar/ O para que ruede hasta nosotros/ el eco de los pasos de la infancia".

Pero Floridor es también un poeta del arraigo, así como otros lo son del exilio: "La casa es interior y la llevamos/ buscándonos también de puerta en puerta/ (...) La casa va en nosotros: la habíamos/ hacia dentro, y en nosotros se adentra/ (...) La casa no es la casa, es el regreso/ no hay recinto más tibio que tus brazos/ ni hay almohada más blanda que tu pecho/ porque mejor que el vino son tus besos/ y más suave que el vino es tu respirar/ y sabes ser ventana, mesa y lecho". Un arraigo que es el amor de una mujer, más allá y más acá de la ineludible musa más pulcra, más terrena. Es la mujer que se compara con la patria: "Yo te beso-besuro-besuro/ si nadie más si nadie si ninguna/ y tú fueras la patria/ Con tus tendidos y tus ventanitas/ ventanitas". O, incluso más, la patria misma es la mujer amada: "Yo el amante ejemplar hereditario/ Yo el patriota que muere por la amada", porque también alguien decía: la patria es la infancia. Pues aquí el arraigo tiene la consistencia del pan y la claridad de la vid y, en el caso

del siguiente poema, la brevedad evocativa de un haiku: "Comed de esta espiga/ bebed de este racimo/ y brindad por la tierra".

También merecen especial atención los poemas pertenecientes al libro *Cartas de prisionero*, donde el vate combina "el estamento enamorado" con el resto de los estamentos golpeados por los sucesos de septiembre de 1973, y habla de la pequeña historia, de la historia paralela -la única importante, en suma- en un mirar y amar cotidianos a pesar de la represión y de la sangre -o por eso mismo-, que redescubre la vida y su fuerza invencible ante cualquier tirano: "Me pusieron contra la pared, manos arriba/ Me registraron meticulosamente/ Sólo hallaron retratos con tus ojos/ y una antología con mis versos/ (...) No saben -nos decían- qué les espera/ Pero yo lo sé/ Trés días pierdo meses cuando tú me esperabas a la puerta del cuartel/ ¿Y esa fue mi victoria?".



O como en ese poema, La partida inconclusa, en que uno de los jugadores de ajedrez -el de las piezas blancas- es fusilado y merodea la fatalidad, el ananké de los griegos en todo lo que eso tiene de vida y de muerte en este mundo: "Alto después le cuento a un poeta: / Sólo dice: / ¿Y si te hubieran tocado las blancas?".

Por eso, debo citar a Gonzalo Rojas que, en el prólogo, dice que Floridor Pérez "nacido arispice y sigue siendo arispice diáfano y veedor de este lado y el otro del horizonte, que descifra fortunas e infortunios en el vuelo de las aves". Es decir, un adivinador, pero a partir de las entrañas del sacrificado, o del que está inmerso en el rito y en el sacrificio y ejercita la extensión del ojo más allá de lo meramente visible. Y por eso mismo pegado a la tierra, en el pulpor y en el subir y bajar del "vuelo de las aves".

La poesía de Floridor -lo vuelvo a decir- está hecha de tierra. De tierra húmeda, olorosa como un cuerpo de mujer, pero también de arena, como el tiempo: "Los orgullosos campesinos/ sólo se inclinan ante la tierra/ La tierra ensucia los manos/ pero limpia al hombre".

¿No crees, cómplice lector, que todo esto merece más de una visita al territorio de este poeta? *

AUTORÍA

Vila, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un poeta de la tierra [artículo] Cristián Vila Riquelme. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile